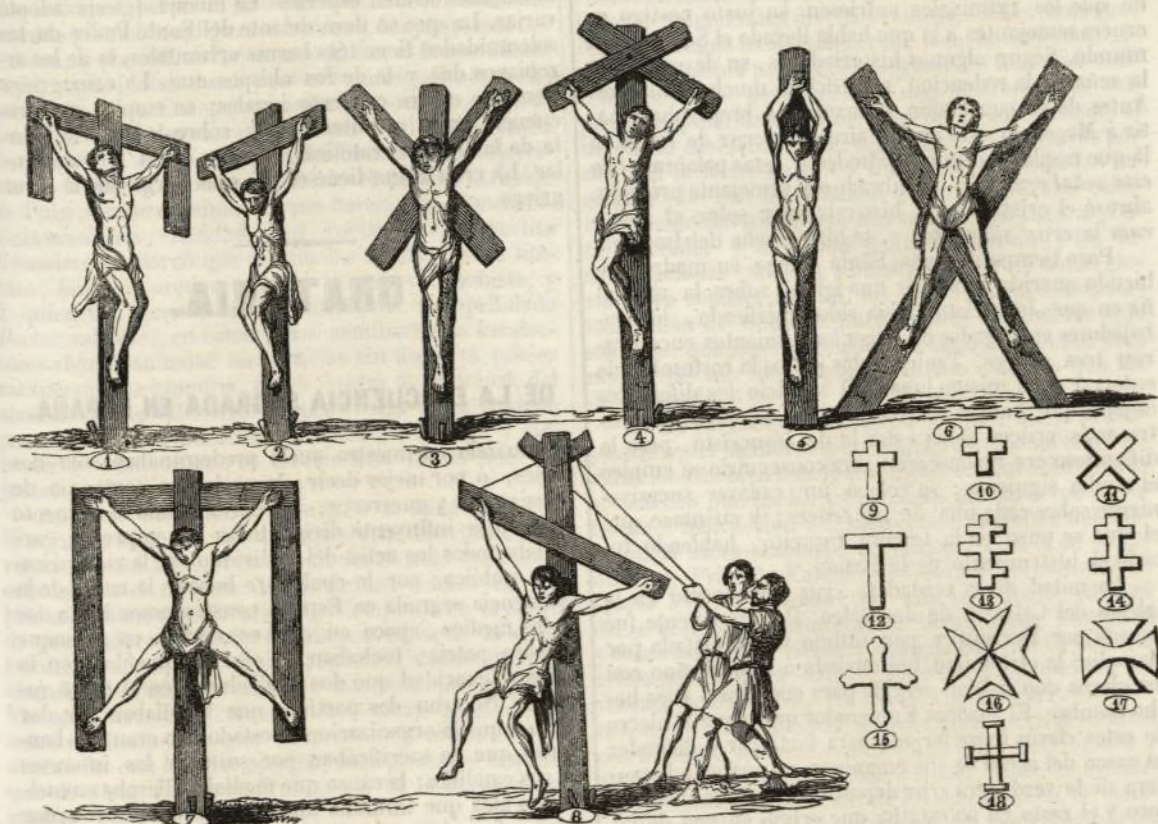


ANTIGUEDADES.



Diversas maneras de crucificar 1 á 8: 9 cruz latina; 10 cruz griega; 11 cruz de San Andrés. 12 cruz de San Antonio Abad; 13 cruz pontificia; 14 cruz patriarcal; 15 cruz trebolada; 16 cruz de Malta; 17 cruz pateada; 18 cruz potenziada.

DE LAS DIFERENTES FORMAS DE LA CRUZ.



El suplicio de la cruz estaba en uso desde la mas remota antigüedad. Ejemplos de esto se encuentran entre los asirios, los egipcios, los hebreos, los persas, los griegos, los latinos, los cartagineses y los romanos. Entre estos, este suplicio solo se aplicaba á los mas viles malhechores. La cruz ha tenido diversas formas; en un principio no fué sino una simple viga, despues se le añadió un pedazo de madera colocado trasversalmente, unas veces en lo alto de la viga como en la cruz de San Antonio, y otras un poco mas bajo como en la cruz latina, que segun los santos

padres, fué la que sirvió de suplicio á Jesucristo; por último, á veces tambien se empleaban dos pedazos de madera cruzados en forma de X y que formaban la cruz de San Andrés.

En general la cruz que tenia mas elevacion era la que se consideraba mas infamante. Aman amenazó á Mardoqueo con una cruz de cincuenta codos de alta; la manera de colocar á los criminales tampoco era siempre la misma, unas veces se les liaba fuertemente, vivos aun sobre una cruz, colocada de ante mano, otras los clavaban por los pies y las manos sobre la cruz tendida en tierra, que despues levantaban con el paciente. En este último caso un solo clavo servia algunas veces para fijar los dos pies, lo que segun la opinion mas probable tuvo lugar con N. S. Jesucristo. Los griegos y los romanos dejaban sus ajus-

ticiados suspendidos en la cruz hasta tanto que sus cuerpos cayesen á pedazos; los judíos los quitaban al anochecer despues de romper los huesos á los que aun vivian.

Constantino abolió este suplicio en todo el imperio y por consiguiente en toda la cristiandad, no queriendo que los criminales sufriesen su justo castigo en cruces semejantes á la que habia llevado el Salvador del mundo. Segun algunos historiadores, su devocion por la señal de la redencion, procedia de muchos milagros. Antes de su conversion y cuando se preparaba á batir á Magencio, vió en los aires una cruz de fuego en la que resplandecian á su alrededor estas palabras: *Con esta señal vencerás*: asombrado con semejante prodigio, abrazó el cristianismo, hizo estampar sobre el *Labarum* la cruz milagrosa y se hizo dueño del Imperio.

Poco tiempo despues Santa Elena su madre habiendo querido construir una iglesia sobre la montaña en que Jesucristo habia sido crucificado, los trabajadores encargados de hacer los cimientos encontraron tres cruces. Teniendo los judíos la costumbre de enterrar en el mismo lugar del suplicio los diferentes objetos que habian servido para él, se creyó que entre estas cruces debia estar la de Jesucristo, pero lo dificultoso era reconocerla: para conseguirlo se empleó el medio siguiente: se colocó un cadáver sucesivamente sobre cada una de las cruces; y cuéntase que el que se puso en la tercera resucitó, habiendo tocado el instrumento de la Pasion.

La mitad de la verdadera cruz permaneció en la iglesia del Calvario de Jerusalem. Posteriormente fué llevada por Korroés y por último reconquistada por Heraclio; la otra mitad fué enviada á Constantino con los clavos que habian servido para enclavar á Dios hecho hombre. El piadoso Emperador quiso que el hierro de estos clavos fuese forjado para fortificar ó defender su casco del acero de sus enemigos; en cuanto á la madera de la verdadera cruz depositó una parte en su tesoro y el resto en su estatua que erigió en una de las plazas de Constantinopla á fin de proteger la orgullo-sa Villa que habia fundado.

Los Santos Lugares habian caído en poder de los infieles y los cristianos que iban á buscar la expiacion de sus faltas se veian espuestos á mil peligros; uno de ellos, Pedro el ermitaño, indignado de ver la media luna dominar los mismos lugares en que la Cruz habia rescatado al hombre, volvió á Europa, interesó al Papa Urbano II, en el proyecto que habia formado y afirmado con su consentimiento y bendiccion, emprendió nada menos que la conquista del Occidente sobre el Oriente. Envuelto su cuerpo en una grosera estameña, desnudos los pies y la cabeza, con un crucifijo en la mano, y montado como su Divino Maestro sobre un asno, recorrió una parte de la Europa, animando á la multitud, á que se apresurara á reunirse en torno suyo, para ir á rescatar los objetos dignos del mayor culto, manchados por la presencia impia de los sarracenos.

Su poderosa voz conmovió todos los corazones: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!* fué el grito de nobles y plebeyos, las poblaciones enteras se levantaron en masa para caer sobre la Siria, sucediéndose las unas á las otras como las olas de la mar embravecida. Para reconocerse entre si estos guerreros improvisados, colocaron una cruz sobre sus vestidos. Los españoles toma-

ron la encarnada, los escoceses la de S. Adres, los franceses una cruz de plata, los ingleses de oro, los alemanes negra, y los italianos azul. La cruz colocada en el escudo de armas vino á ser despues una de las distinciones mas honrosas. Tuvo diferentes formas y llegó á haber mas de cien especies. La misma Iglesia adoptó varias. La que se lleva delante del Santo Padre en las solemnidades tiene tres barras horizontales, la de los arzobispos dos y la de los obispos una. La cruz griega tiene sus cuatro cruceros iguales; se emplea con frecuencia en la arquitectura, y sobre todo en la planta de las iglesias católicas, á causa de su forma regular. La cruz latina tiene el pié mas largo que la cruz griega.

ORATORIA.

DE LA ELOCUCION SAGRADA EN ESPAÑA.

Cuando en nuestro suelo predominaban solo dos clases, ó por mejor decir, la nacion se componia de eclesiásticos y guerreros, la religion como el elemento social mas influyente dirigia todas las empresas, arreglaba todos los actos del individuo en la vida privada y pública; por lo cual para buscar la cuna de la elocucion sagrada en España penetraremos hasta los siglos medios, época en que convertida en palenque nuestra patria, luchaban en ella dos pueblos con la misma tenacidad que dos gladiadores en el Circo romano. No eran dos partidos que batallaban por dar esta ó aquella organizacion al estado, no eran dos banderías que se sacrificaban por sostener los intereses de sus caudillos; la causa que mediaba llevaba envuelta una idea que infundia aliento á los débiles y ardor á los esforzados, tal era la de levantar el Evangelio sobre otro libro que no puede existir sino á la sombra del alfange. Los ministros de una religion que aborrece la sangre se veian obligados para defender juntamente con la fé de sus progenitores, la escasa ciencia de que eran los únicos depositarios, á cambiar el austero sayal por la marcial armadura, y á escitar á la guerra al encumbrado magnate y al laborioso colono. Colocados á la cabeza del ejército, hacian resonar su voz enardeciendo el valor del soldado y arrancando el temor de los pechos menos fuertes: lástima grande que no hayan atravesado los siglos estas oraciones, que aunque incultas y groseras reflejarían mejor que los indigestos cronicones, las tendencias de la época, y el espíritu de aquellos dignos imitadores de San Bernardo y de Pedro el ermitaño!

Mas ya que por carecer de documentos no nos sea dable tomar como punto de partida esta especie de elocucion para formar el cuadro de la sagrada en nuestro país, nos fijaremos en el siglo XII y en el arzobispo de Toledo D. Bernardo, á quien se atribuyen varios sermones. Era este, segun Mariana, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina aventajada, entereza y rectitud probada en muchas cosas, y en quien resplandecia un ejemplo y dechado de la virtud antigua. En el siglo XIII produjo España tres de las mas brillantes lum-

breras de la Iglesia en aquel tiempo, tales fueron el portentoso lusitano San Antonio de Padua, Santo Domingo de Guzmán cuyo celo por la extirpación de la herejía ha dejado fama no perecedera, y que no satisfecho su anhelo por la propagación de la fe con sus propios trabajos, perpetuó su espíritu en una institución, fecundo plantel de célebres oradores y de ejemplares cenobitas, y por último Raymundo Lulio, el *Doctor iluminado*, cuya vida novelesca y saber enciclopédico le granjearon en toda Europa renombre no vulgar. Entrado el siglo XIV encontramos ya un poco regularizada la oratoria, según se deduce del libro sobre el ejercicio de la predicación que escribió el catalán Arnaldo de Puig, fraile dominicano que floreció en la mencionada centuria, teniendo por coetáneo al carmelita Francisco de Barco que reunió las cualidades de literato, filósofo, orador, poeta, teólogo y canonista, y a quien un escritor en su entusiasmo ha apellidado *Doctor sublime*: en estos siglos semibárbaros los doctores abarcaban todas las ciencias sin llegar a poseer medianamente ninguna, causa, quizá la principal, del abatimiento de las letras. La posteridad se ha cuidado poco de las obras oratorias de aquellos ingenios, y menester es confesar que su indiferencia no ha sido injusta.

Antes de cerrarse el siglo XIV se admiraban en Europa las virtudes, los milagros y la doctrina de un varón español a quien la Iglesia ha elevado estatuas y colocado en el número de sus santos. Nacido en Valencia y afiliado desde edad muy temprana en la orden de predicadores, llevó su celo por esparcir la semilla del Evangelio a remotas naciones, donde produjo abundante fruto su palabra. La fama que adquirió Vicente Ferrer en estas misiones le atrajo un gran número de discípulos, que no poseyendo el genio ni la unción de este insigne apóstol, malograron el impulso que él diera entonces al progreso de la oratoria sagrada.

En el siglo XV no escasearon escritores de sermones, pero tal vez inferiores en mérito a los anteriormente nombrados; de ellos solo merece especial mención Rodrigo Sánchez de Arévalo que corrió varias cortes de Europa con el carácter de embajador del Rey D. Juan II, y ocupó sucesivamente las sillas de Oviedo, Zamora, Calahorra y Palencia. Los discursos pronunciados por este prelado en varias ocasiones solemnes ante el sacro colegio, se conservan inéditos entre los códices del Vaticano. La elocuencia del púlpito en los siglos que tan de paso hemos recorrido, no consistía sino en acumular textos y sutilezas escolásticas para formar una composición tosca e informe entre cuyas partes no se acertaba a distinguir el exordio del epílogo. El inmoderado uso de los textos sagrados frecuentemente violentados por el orador para acomodarlos a su intento, entorpecía el discurso y oscurecía las ideas. Se hace incomprensible que quienes manejaban tanto la Biblia hubiesen de escasear de tal manera de gusto y de sentido que no percibiesen nada de su sencillez de dicción, de su sublimidad de pensamientos, de su enérgica expresión, de sus cuadros tan pintorescos y animados, de sus imágenes ya tiernas, ya majestuosas, ya terribles. La mayor parte creían aderezar mejor sus oraciones salpicándolas de sales y chistes, bufonadas tan impías como inoportunas. Pero consuélenos del aspecto que presentaba entonces nuestra elocuencia con-

siderando que ninguna otra nación nos aventajaba.

Trás de una infancia tan larga vemos apenas entrado el siglo XVI, elevarse la oratoria sagrada a tanta altura en nuestra patria, que pudiera desafiar el siglo de los Ciprianos y Crisóstomos. La nación que paseaba sus enseñanzas victoriosas por todo el mundo quería también llevar la palma en los diversos ramos del saber humano. Nuestra lengua había adquirido toda la majestad, riqueza y armonía para poder espresar las mas altas concepciones, los pensamientos mas abstractos; la imprenta popularizaba los modelos de la antigüedad; el heroísmo casi fabuloso de un puñado de guerreros por extender la fe cristiana en incógnitas y apartadas regiones, y las increíbles fatigas que con admirable constancia sobrellevaron hasta lograrlo, inspiraban al poeta, al orador y al artista: jamás las armas y las letras españolas volverán a alcanzar época de tanta gloria! Para someter, en fin, los países recién descubiertos, salían de nuestros puertos mas misioneros que soldados; que las conquistas que hace la cruz, si bien mas lentas son mas seguras y menos costosas que las de la espada.

Entre los doctos y excelentes varones que a principios de aquel memorable siglo hicieron resonar la verdadera elocuencia en nuestros templos (restauración debida al celo con que los Reyes Católicos promovieron la reforma e instrucción del clero), sobresalieron notablemente el santo arzobispo de Valencia Tomás de Villanueva y Fray D. Antonio de Guevara, predicador de Carlos V (1). Pasaremos por alto la ardiente caridad del primero, sus austeridades, su profunda humildad y todas las demas virtudes evangélicas que en tan alto grado poseyó, para ocuparnos de sus obras que son un verdadero reflejo de su espíritu y carácter. Componen estas una colección de sermones escritos en latín con bastante corrección e inteligencia, distribuidos y arreglados según el método actual. Nadie ha aventajado a este digno sucesor de los apóstoles en el conocimiento del corazón humano, pocos han igualado su claridad, sencillez y precisión para exponer los misterios mas difíciles de nuestra fe, y el mas breve y expresivo elogio que podemos tributar a su mérito en la oratoria, es decir que algunos de los mas celebrados pensamientos de Masillon, especialmente en lo tocante a la aplicación de la sagrada escritura y santos Padres, se hallan ya, sino esplanados con la grandiosidad y maestría que son peculiares al orador francés, lo suficientemente indicados en las obras de nuestro compatriota para creer que el ilustre predicador de Luis XIV había estudiado los sermones del modesto prelado de Valencia. Fué Guevara de ingenio alegre y vivaz, punzante hasta pasar la raya de cáustico, y aunque familiar y prolijo en su estilo no carece alguna vez de energía y elevación. Distintas dotes resplandecieron en su contemporáneo el padre Juan de Ávila que reunió cuantas cualidades se pueden apetecer en un perfecto misionero; erudición inmensa, memoria felicísima, imaginación fogosa, habla espedita.

(1) Los biógrafos han escrito siempre que Santo Tomás de Villanueva fué también predicador de Carlos V, sin duda por leerlo así en una consulta del consejo de Aragón que obra en el expediente de su canonización. Este error ha sido deshecho recientemente por un autor que ha reconocido las nóminas de los empleados de la casa real en aquel tiempo, y asegura no encontrarse en ellas el nombre del venerable arzobispo.

ta y clara y aspecto venerable: pero en nuestro concepto lo que mas le realza y constituye su principal gloria es el haber formado al Demóstenes de nuestra tribuna evangélica, á Fray Luis de Granada, autor que todos encomian y muy pocos leen.

Habiase abierto el reinado de Felipe II, anunciando mayor esplendor que el de su padre: los gérmenes de las discordias civiles se hallaban estinguidos, las diferentes razas que componian nuestra nacion, tan opuestas en costumbres y aun en religion, se procuraba amalgamarlas y refundirlas en una sola, y finalmente las armas y las letras parecian que estaban á competencia por quien de ellas habia de llevar la ventaja. La oratoria sagrada llegó en este periodo al mas alto grado de perfeccion que ha alcanzado entre nosotros. Descolló muy señaladamente, entre no pocos ingenios que la cultivaron con fruto, el dominicano Fr. Luis de Granada, á quien tanto debió su orden, la literatura y la Iglesia. Nació este varon esclarecido en la hermosa ciudad que le dió nombre, en los primeros años del siglo XVI, y pasó su vida consagrado á llenar fielmente los deberes que le imponia su instituto. Confiaba el gobierno de tal modo en lo persuasivo de su elocuencia, que le envió á Portugal poco despues de conquistado este reino, para que con sus exhortaciones contribuyera á calmar los ánimos descontentos. Bajo su pluma el habla castellana adquirió esa concision y cadencia que tanto la asemeja á su madre latina; él encontró, al parecer sin esfuerzo, el difícil arte de persuadir y de conmover, el secreto de dominar los sentimientos y las pasiones. Si habla del nacimiento del Señor, la naturalidad de su estilo presta un encanto singular á la narracion de aquel inefable misterio; si de la pérdida del niño, nos hace participar del desasosiego, del dolor y de la alegría de sus padres; si de la resurreccion, su alma se sublima y engrandece como si realmente asistiera al triunfo del Salvador: «Los cielos, dice, que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este dia con doblada claridad resplandecieron, viéndole salir del sepulcro vencedor. En tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse todos los discípulos de Cristo, alegróse el cielo, alegróse la tierra: hasta al mismo infierno cupo parte de esta general alegría....» Como Isaias, Granada sabe elevarse sin énfasis y decaer sin bajeza; afectuoso si alecciona al ignorante, lógico si desengaña al iluso, vehemente si confunde al pecador obstinado.

Ilustraron tambien el reinado del fundador del Escorial, el melodioso cantor de la *Noche oscura*, San Juan de la Cruz; Fray Diego de Estella, mas atento en abroquelar su doctrina con citas y textos bíblicos que en cuidar de las galas del estilo; San Francisco de Borja, mas célebre por la circunstancia que le impulsó á abrazar la vida ascética que por sus trabajos oratorios, no despreciables aunque cortos; Alfonso Salmeron, uno de los talentos mas distinguidos que han brillado en la Compañia de Jesus; el espiritual Fr. Luis de Leon; el Padre Malon de Chaide, que hermanó con la gravedad de la elocuencia la suavidad del idilio; y por último vinieron á cerrar dignamente el siglo de oro de la elocuencia española, el Padre Marquez, *rio y rayo de elocuencia* como escribieron en su epitafio, mas elocuente aun, segun sus contemporáneos, en el pulpito

que en sus escritos, y el Padre Sigüenza que heredó de su maestro Arias Montano la cátedra y la ciencia. La modestia de estos elevados ingenios nos ha privado de sus sermones, por lo cual tenemos que valernos para juzgar á la mayor parte de sus otras obras. Ademas casi todos solian seguir el consejo de San Agustin, que recomienda á los predicadores no escriban ni tomen de memoria el sermón conforme le han de predicar, sino solo el orden de las ideas para poder á su arbitrio abreviarlas ó amplificarlas, acomodándose á la índole y capacidad del auditorio; y en verdad que es indigno del sacerdote, como dice Fenelon, pasar la vida en el gabinete limando y retocando frases y períodos, buscando mas el aplauso que la edificacion de los oyentes. Desgraciadamente dos libros que serian dos rayos de luz que esclarecerian la historia de nuestra elocuencia sagrada, el *perfecto predicador* de Fr. Luis de Leon y el *modo de predicar á los principes* del Padre Marquez, no se imprimieron y se han perdido.

Sostuvieron todavia hasta la mitad del siglo XVII, el buen nombre que la elocuencia española se habia grangeado por toda Europa, Hortensio Paravicino, Baltasar Gracian y Juan Eusebio Nieremberg, pero no conservando la clásica sencillez y majestad de Avila y Granada, sino oscureciéndola y desfigurándola con metafísicos y sutiles pensamientos, conceptos ingeniosos y giros violentos é inusitados (1). Ya promediado el siglo anterior se habian principiado á sentir en la oratoria sagrada los síntomas del depravado gusto que acabó en España con todo género de letras; en un libro titulado de *predicatione evangelii*, escrito por Fray Juan de Segovia é impreso en 1575, leemos: «Hay predicadores que solo aspiran á que se les tenga por sabios, de lo que se deriva un mal muy grave, cual es que para lograrlo apelan á sutilezas y estravagancias con ánimo mas de hacer ostentacion de su saber que de enseñar al pueblo.» Casi con idénticas palabras deploraba los mismos estravios Fr. Diego de Estella tres años despues, y el mal debió ir tan en aumento que la inquisicion de Sevilla mandó en 1577 recoger todos los sermones manuscritos. Abierta una vez la senda no tardaron en hollarla ingenios aventajados, que arrastraron tras sí una turba de imitadores que, como ordinariamente sucede, exageraron los defectos de sus maestros, y llevaron aquel peregrino estilo á un grado increíble de ridiculo: los esfuerzos del santo oficio eran impotentes para atajar el daño, impotentes las censuras de algunos hombres ilustrados que salieron al encuentro de la nueva secta invocando los principios de la buena retórica y no escusando para combatirla los tiros de una picante ironía, mas al paso que reprendian y motejaban á los sostenedores de esta estraña escuela les autorizaban y

(1) Los oradores españoles, como la política, el teatro, la lengua y los usos de esta nacion, eran estudiados y tomados por modelo en todos los demas paises civilizados. Véase como el cardenal Sforza Pallavicino, muerto en 1667, pinta el estado de nuestra oratoria en su *Arte de la perfeccion cristiana*.

«Maravillosa es la elocuencia de los predicadores españoles, elocuencia no estudiada sino innata, como lo hemos experimentado en muchos de ellos que naturalmente reúnen á una galana y noble facundia (gagliardia di loqueta), un acento suave y nervioso, y una accion grave, templada y conforme al discurso, encantando al auditorio y haciéndose oír con gusto hasta de los ignorantes.... La nacion española de suyo ingeniosa, vivaz y gentil es fecunda en tales hombres.»

alentaban con su ejemplo á seguirla. El delirio llegó á su colmo en el reinado de Carlos II; parecia que la monarquía española queria envolver tambien en su ruina su lengua y su literatura: pero no nos detengamos en tan aciaga edad que hasta causa rubor el hacer de ella memoria.

Pasó el primer tercio del siglo XVIII, sin que la oratoria sagrada diese muestras de salir de su abatimiento, aunque diga Feijóo: «Hemos tenido en España, dentro del tiempo que yo he alcanzado (1), muy excelentes oradores.» (Cartas eruditas, tom. 3.º carta 51.) En el segundo, mientras Luzan trabajaba por levantar la poesia del rastroero prosaismo en que la habian hundido al fin los culteranos, en tanto que Mengs, Olivieri y Rodriguez volvian á las bellas artes la correccion y regularidad de que por tanto tiempo habian carecido, y cuando se instituian corporaciones para que fuesen depositarias y conservadoras de los monumentos históricos y de la pureza del idioma, un escritor satirico dió á luz una obra que causó una revolucion en el arte de predicar. Isla inspirado por la misma idea que Cervantes, logró que su héroe fuese tan popular como el de la Mancha, y á pesar de que la pluma del beneficiado de Villagarcía no corre con la fluidez, gracia y variedad que la de Cide Hamete Benengeli, la reforma del pulpito realizada en breve tiempo por el *Fray Gerundio*, será una prueba mas de que la sátira bien manejada produce mejores resultados en la correccion de abusos, que las estériles filipicas de los preceptistas.

La influencia francesa que avasallaba todos los ramos de nuestra literatura, dominó tambien en la cátedra del Espiritu Santo. La Francia que nos inoculaba los gérmenes de esa filosofía irreligiosa que la cubrió de cadalsos y de crímenes, nos enviaba al propio tiempo las impugnaciones que oponian á su triunfo eloquentes adversarios: de allí nos venian juntamente el veneno y el antídoto. Mas por desgracia Bossuet, La Bourdaloue, Fenelon, Flechier y aun Lacordaire, no han encontrado entre nosotros mas que traductores. Sin embargo, desde su renacimiento no ha perdido en nuestra patria la oratoria sagrada aquella dignidad y decorosa sencillez propias de tan elevado ministerio, y el día en que serenadas las tempestades políticas vuelva el clero á ser educado como conviene al esplendor de la religion y de la Iglesia, no dudamos que esta clase por tantos títulos respetable, podrá luchar ventajosamente como en dias mas felices, contra la falsa filosofía, y servir de barrera á la impiedad y al indiferentismo religioso, calamidades horribles que zapan sordamente los cimientos de las sociedades modernas.

JOSE GODOY ALcantara.



Puente y molino de S. Lorenzo en Segovia.

(1) Nació en 1701.

EDUCACION.

La equitacion explicada á las mugeres.

(Conclusion.)

CABALLO PARADO.

Para dirigir el caballo á la izquierda se inclina la mano hácia dentro, de modo que el dedo pequeño vaya á la izquierda y el pulgar hácia la derecha, cuyo movimiento debe ser rápido. La rienda izquierda debe estar floja, mientras que la derecha oprime el cuello y la mano vuelve á su posicion cuando el caballo ha obedecido.



Para dirigirlo á la derecha se vuelve la mano de modo, que las uñas queden hácia arriba, el dedo pequeño inclinado á la derecha, el pulgar á la izquierda, la rienda derecha floja y la izquierda oprimiendo el cuello y obligando al caballo á seguir la direccion indicada.

MARCHA.

La marcha tiene cuatro tiempos, en los que las piernas del caballo se levantan una tras otra: entonces es cuando se estudia bien la colocacion de los pies y su movimiento. Entonces es, cuando uno se acostumbra al uso de las ayudas y cuando se ejercita en conocer todo lo que es esencial para saber manejar al animal.



En el trote las dos piernas se levantan á la vez.

En el galope hay un continuo empuje de la parte anterior á la posterior, seguido de un avance de toda la



masa hacia delante; impelida por la fuerza elástica de los corbejones, que es lo que produce el adelanto y salto del caballo. Esta marcha es pronta y muy agradable á las señoras, pero exige de parte del caballo movimientos rápidos y un uso continuo de sus fuerzas musculares.

La marcha de un caballo es desigual cuando se invierte el orden con que deben moverse sus estremidades, en cuyo caso experimenta el jinete poca seguridad, por lo que debe tratar de que el caballo vuelva á su marcha regular, lo que se hace mas prontamente volviéndole al paso, y obligándole á marchar de nuevo.

Para detener el caballo se emplea un movimiento mas firme, mas decidido.

Hay dos maneras de apearse. En la primera la discípula toma las riendas con la mano derecha, saca la pierna, dá su mano al criado y se desliza á lo largo de la silla, cuidando de caer sobre la punta del pié doblando bien las rodillas. En el segundo, la señora saca la pierna derecha, pasa las riendas y látigo á la mano izquierda que apoya sobre el pequeño montante, volviéndose hacia la silla: coloca la mano derecha sobre el arzon y se levanta sobre las dos manos dejándo-



se caer suavemente doblando las rodillas; manteniendo el cuerpo derecho, puede el criado sostenerla por debajo de los brazos si tiene necesidad de su ayuda; si la discípula tiene costumbre de montar siempre un mismo caballo, será muy bueno que le halague y le dé un pedacito de azucar con lo que el animal se habitua-

rá á obedecer á la que le recompensa su servicio y docilidad.

MARCHAR Y VOLVER.

Para hacer marchar al caballo, la discípula llevará un poco hacia adelante la mano aflojando las riendas.

Para volver á la derecha adelantará la mano tirando del filete hacia la derecha y aflojando la rienda izquierda; para volver á la izquierda se hace lo contrario. Para andar hacia atrás se lleva la mano hacia el cuerpo por medio de un movimiento graduado.

(Journal du dimanche.)

POESIA.

VACACIONES DEL MUCHACHO.

En rabos de Marzo
Viene caballero
Domingo el de Ramos
Comienzo de asueto.
El ayo recoge
Catones, tinteros,
Cristus, planas, pautas,
¡Malditos trevejos!
A tal, mi viaje
Al lugar prevengo
Que semana santa
Es feria mi pueblo,
Pue hoy á las doce
Andrés y el jumento,
Aquel con su jiba,
Y este en lindo arreo,
Vendrán y á la vista
De un pernil y un cesto,
Cobrarán del ayo
Mi bulto estafermo.
Cédula cobrada
Abreme el encierro,
Rebrinco en el barro,
Soy un Gerineldo.
Saldré por las calles,
Ya doy, ya tropiezo,
Dando adios al Duque,
Giralda y Humeros.
Al pasar Triana
Con galan despejo
Rebaño á la Toña
Cuatro ó seis buñuelos;
Y al salir de escape
Gitanos y perros
Me siguen garlando,
Baladros, denuestos.
Llego á Mascareta
Y en prioral sosiego,
Las árguenas saco,
Y el convite empiezo.
Telera de hostias
Pringada en torresnos,
Albures sofritos,
Y entre nueces queso;
Y Andrés á la hila
Bebiendo el primero,

Se ven de la aldea
 Los lejanos fuegos.
 Aguza de gusto
 La oreja el sardesco,
 Trancos menudea,
 Trotes y escarceos.
 Y el casco sonoro
 Indica en el huello,
 Que dejó el terrazgo
 Y bate el empiedro.
 El humo de aulagas
 Sabina y cantueso,
 Dicen que caldean
 Los hornos del pueblo:
 Y en la boca mana
 Con gran saboreo
 De hallullo y aceite
 goloso recuerdo.
 El rocin aguijo
 Con grande espoleo,
 Devano diez calles
 Y á la casa llevo.
 Salen primos, tías,
 Al recibimiento:
 Ellas me espurrean,
 Me agarrotan ellos;
 Y en sus dos sitiales
 Abuela y abuelo,
 Dan colmo á la lluvia
 De abrazos y besos.
 Celébranme á pares,
 Pregúntanme á cientos,
 Gracias y desgracias
 De un primer careo.
 Llegan los tertulios
 Y el cura y barbero,
 Tresiete acuadrillan
 Oca y cien mas juegos.
 Y veinte rapaces
 A un rincon empero
 La tia Peregrila
 Y Anton Perulero.
 Comemos y hablamos
 Y en grande cortejo
 Me dejan por huésped
 Del noble aposento.
 La cama con randas
 Oliéndome á espliego,
 Sábanas que albean
 Y enváinome dentro.
 Me voy arrullando,
 Al son estupendo
 Del gato que arrua
 A oretes del fuego.
 Y al cabo el molino
 Me sepulta en sueño
 Con eco incesante
 De apacible estruendo.
 Me sueño mil dichas
 Como por ejemplo:
 Que burlo á los chicos,
 Que casco al maestro.
 Despiértome al alba
 Pulcro me proveo
 En cerúleo vidrio

Pote de Murviedro;
 Mas antes á tientas
 Palpo y mas requiero,
 Si hicieron taladro
 Los primos traviesos;
 Que es fineza á un huésped
 Muy mas si es invierno,
 Hacer que abundante
 Se riegue á si mismo.
 Luego á la mañana
 Con opa y arreo,
 Me bullo en la iglesia,
 Monago primero,
 Ayudo diez misas,
 El cepo paseo,
 Las lámparas limpio,
 Candelas enciendo.
 Y amen de indulgencias
 (Muy místico premio)
 Birlo sendas tarjas
 Vinajeras bebo.
 Tal en las campanas
 Ensogo y arreglo,
 Que parecen flautas
 Que arregló el gobierno.
 Si hay en pila infante
 Doblo y toco á muerto,
 Si entierro hay de rico
 La gorda vá á vuelo.
 Armo en casa altares
 Y al primo mas feo
 Lo envisto de fraile,
 Celébrole entierro;
 O le subo en andas
 Baldas de algun remo
 Y á atahud de veras
 Casi lo condeno.
 En tanto las chias
 Con son lastimero
 La pasion anuncian
 Con el prendimiento.
 Se alzan insignias
 Y los nazarenos
 De sus hermandades
 Los pendones negros.
 Sayones, judios,
 (Que es hoy grande el gremio)
 Visten taracea
 De color diverso;
 Y en las procesiones
 Alcanzo gran puesto,
 Y en pasos figuro
 De ángel malo y bueno,
 Voy en tunicela
 Tan cuco en efecto
 Que el Arcangel Cuca
 Me apellida el pueblo.
 Jueves llevo el cáliz
 Y del Cirineo
 Y la Madalena
 Me hago amigo estrecho.
 Domingo de Pascua
 Que fué dia tercero
 Diabolo soy de veras
 Si ángel fui de Antruejo.

Me asesta la bota
 Con gesto risueño.
 Ya el sol se traspone,
 Oyéndose al lejos,
 Campanas de Guines,
 Que llaman al rezo.
 Y acaso allá suenan
 Entre ayes del viento
 Zumba de la recua
 Canto del recuero,
 Mas cuando tristeza
 Vá á asaltar el pecho,
 Con pólvora enmanta
 Mi bulto el cohetero
 Y al rezar el preste
 Que Dios subió al Cielo,
 Me arden pajolillas
 Y hecho un río de fuego
 En traques barraques
 El coso placeo.
 San Miguel me sigue,
 Con pies mas lijeros
 Queriendo prenderme
 Llevarme al infierno.
 Le aguardo y le enfumo

(Apretando el gesto)
 Narices y espaldas
 Con tres malos truenos.
 Encalvo diez dueñas,
 Cien mostachos quemo,
 Hago andar lisiados,
 Hago ver los ciegos,
 Las viejas afirman
 Que yo me merezco
 Quedar de archidiablo
 Sin par y sin pero;
 Por no desmentirlas
 Robo hornazos, huevos,
 Me crezco por diablo
 Llego á diablo entero,
 Pero allá en la tarde
 A espaldas del huerto
 Con las tres Marias
 Muy hombre me vuelvo,

EL SOLITARIO.

Madrid 1847—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Baltasar Gonzalez
 calle de Hortaleza, núm. 89.



ANUNCIO.

SANTA FILOMENA

VIRGEN Y MARTIR.

TAUMATURGA DEL SIGLO XIX.

Historia de su vida y milagros es-
 crita en presencia de las que se han
 publicado en Italia y Francia.

Por D. I. R. L.

Y PUBLICADA POR SU EDITOR

D. FRANCISCO ALIOT.

SEGUNDA EDICION.

Se halla de venta al precio de 13 rs.
 en Madrid y 18 en provincias para los
 suscritores á cualquiera de las obras del
 Establecimiento del señor Gonzalez, en
 las librerías de Jordan, Razola y Cuesta.